

Francisco Miró Quesada - Perú

Sociedad Peruana de Filosofía

Tres Momentos y un Epílogo - La ordalía del ateísmo

1. Primer Momento: tres especies de ateísmo.

La motivación de estos “momentos” es contribuir, en la medida de nuestras posibilidades, al esclarecimiento del sentido de la existencia humana. El punto de partida es el análisis del ateísmo. El ateo niega aquello que pretende conferir el máximo sentido a nuestra existencia. Rechazar algo positivo lo coloca en una perspectiva diferente de la convencional. Al negar aquello que otorga significación, permite descubrir cuáles son las profundas razones que impelen al hombre, por naturaleza, a dar un significado a su vida.

El análisis de la estructura existencial del ateo, nos conduce, en un segundo momento, al problema de la muerte. La muerte, en un tercer momento, nos instala de lleno, con dramática intensidad, en el problema de la significación de la existencia. Al final quedamos solos...buscando siempre un sentido...luchando para poder escapar de nuestro destino. Repentinamente, vemos una luz...

Analizar la condición del ateo es de la mayor importancia, porque el espíritu religioso constituye especialísimo campo en relación con el esclarecimiento del sentido de la vida. La religión, en efecto, tiene como misión principal dar sentido a nuestra existencia, ubicar al hombre en un ámbito en que todas sus preguntas sean contestadas. El hombre que nace y crece en una cultura religiosa, está básicamente instalado en un mundo de orden y de jerarquías, y tiene un firme asidero para resistir los más demolidores embates de la existencia. ¿Qué significa, por eso, en relación con esta instalación de la existencia, ser ateo?

La palabra “ateo” es una palabra abstracta, por eso, antes de seguir adelante, debemos ver cuáles son sus relaciones con la vida real. Lo primero que encontramos es que, si no se trata de una religión monoteísta, el ateísmo no tiene sentido. Sería ridículo declararnos ateos porque no creemos en la existencia de Júpiter o de Minerva. Por otro lado, hablar de un ateísmo brahmánico tampoco tiene sentido, pues esta doctrina es panteísta, de manera que negar a Brahman es negarse a sí mismo. En cuanto al budismo, lo que persiguen sus adeptos es liberarse de la rueda de la vida, es decir, de las reencarnaciones. El budismo, en sus expresiones originarias como en el Udana, no tiene nada que ver con Dios. El verdadero ateísmo sólo puede manifestarse en relación a una

religión monoteísta en que Dios es una persona que nos ha creado y que se interesa por nuestro destino. Dejando los matices de lado, sólo hay tres religiones que reúnen estas características: el cristianismo, el judaísmo y el islamismo. Las dos últimas no nos interesan, pues no pertenecen al ámbito en el que estamos situados. En lo que sigue, toda referencia a Dios es una referencia al Dios cristiano.

El análisis del significado del ateísmo, en relación con la concepción cristiana de Dios, habrá de revelarnos, de manera directa y dramática, una muy peculiar manera de existencia humana. El resultado al que habremos de llegar es absolutamente inesperado, por lo menos lo ha sido para nosotros. El ateo cristiano (no creemos que sea posible calificarlo de otra manera) habrá de revelarnos, tal vez mejor que el creyente, el más auténtico sentido de la concepción cristiana de Dios y de la vida.

Cuando se intenta un análisis de significaciones, desde el principio se encuentran ambigüedades que dificultan el avance hacia la claridad conceptual. Es, por eso, imprescindible señalar las diversas maneras como se emplea la palabra “ateísmo” en el ámbito cristiano. De manera general, un ateo es un hombre que no cree en Dios, porque está convencido de que no existe. En este sentido, el ateo se asemeja al creyente. Tiene una actitud negativa, pero está convencido de algo: de la inexistencia de Dios. Por eso, es totalmente distinto del escéptico. El escéptico no está convencido de que existe Dios, pero tampoco está convencido de que no existe. El ateo, en cambio, es el que niega a Dios. Y naturalmente, como hay muchas maneras de negar, es posible encontrar diversas especies de ateísmo. Aunque toda clasificación que pretenda ser exacta, es más o menos arbitraria, podemos afirmar con suficiente fundamento, sin pretender por cierto ser exhaustivos, que las diversas especies de ateísmo pueden agruparse en tres grandes tipos: ateísmo rebelde, ateísmo pragmático y ateísmo auténtico. Por la calificación del tercer tipo, se puede anticipar que no consideramos como auténticos los dos primeros, cuyos representantes son mucho más numerosos que los del tercero. El ateo auténtico es “avis rara”.

El ateo rebelde es el tipo más conocido de todos. Es el ateo adolescente, el ateo soberbio. Es el que niega a Dios porque no quiere resignarse a aceptar un poder superior al suyo, que regule los actos de su vida y que lo obligue a someterse a una ley que él no ha creado. Podría llamarse también, el “ateo luciferino”. Como hemos adelantado, este tipo de ateísmo sólo puede existir dentro de la religión cristiana o dentro de una religión parecida, es decir, en la que se proclame que el mundo y el hombre han sido creados por Dios, por un poder infinito ante el cual, la criatura no es nada. Es una rebeldía ante el

creador de todas las condiciones y de todos los mandatos. El ateo rebelde vive en el ámbito de la divinidad. Niega a Dios porque su existencia lo oprime, porque considera injusto obedecer a un poder arbitrario. Por eso sólo tiene importancia y significación, como tipo humano, en los momentos culturales en los que el concepto de Dios pesa como un gigantesco sello que conforma todo bajo su molde inflexible. Cuando la fe en Dios se debilita, cuando no creer en Dios no implica ningún riesgo, la figura del ateo rebelde, se desdibuja y anemiza. Se reduce, por lo general, al estudiante de primero de letras que, a través de la negación de Dios, afirma su naciente personalidad y se complace en horrorizar a condiscípulos y maestros. Y casi siempre termina, cuando avanza en años, por caer en una indiferencia aburguesada o en una religiosidad de compromiso. Cuando tiene personalidad fuerte, se mantiene como rebelde y enemigo de la religión, o sufre una conversión aparatosa y vuelve al redil del que se apartó. Pero en todo momento, su actitud presupone un ámbito imbuido de Dios. Su negación de Dios es como la negación de un monarca o de un jefe político. Se niega porque no se quiere obedecer, se niega por orgullo, por soberbia, por sentir el placer supremo de la propia libertad. De allí la vulgaridad ingenua de sus argumentos contra la existencia de Dios. Dios no existe porque no puede aparecerse a nadie, porque son falsos los milagros. Muchas veces sus argumentos van dirigidos contra la Iglesia. Los curas son mentirosos, ávidos de dinero, se complacen en las confesiones de mujeres. Por último, termina casi siempre afirmando con gran énfasis que ellos, los ateos, no pueden tolerar que la Iglesia intervenga en sus relaciones privadas, especialmente en las sexuales. Desde luego, cuando hay “presión” religiosa en el ambiente, cuando todas las instituciones y toda la vida de la comunidad se fundan en la creencia de Dios, el ateísmo rebelde puede adquirir visos impresionantes de fuerza y de grandeza, alcanzando dimensiones heroicas.

Nótese que el ateo pragmático, que niega la existencia de Dios para sentirse libre en la acción, no esgrime ninguna razón de peso para negarla. En la práctica de la vida social dirá que cree o no cree en Dios, según las conveniencias del momento. Es muy raro que sea franco y que diga que es ateo porque no le conviene creer en Dios. Buscará razones filosóficas, por lo general tan ingenuas como las del ateo rebelde, pero más indirectas. La fundamentación de estas razones dependerá de la capacidad intelectual y del temperamento del que las esgrime. Pero, en general, serán simples y tendrán importancia filosófica secundaria. Lo usual para el ateo pragmático es sencillamente no pensar en Dios, no vivir dentro de su ámbito. Y, naturalmente, cuando le convenga se

hará coronar por el Papa con la mayor de las magnificencias. Pero en el fondo no será un ateo auténtico. Su falta de fe no se derivará de una auténtica negación, sino de sus intereses cambiantes de acuerdo a las circunstancias. Es un hombre que no puede separar jamás lo que le conviene de lo que debe ser. Se olvida de Dios, simplemente, porque le molesta levantarse temprano para ir a misa o porque las normas de la religión cristiana le impiden ir al burdel. Es un hombre que recorta el universo entero para hacerlo entrar dentro de sus conveniencias y lograr, así sus propósitos de conquistarlo fácilmente. Es el ateo más superficial de los tres tipos y, en consecuencia, es el más numeroso.

Una perspectiva radicalmente distinta, como una grieta inesperada en el paisaje, se abre cuando nos hallamos ante el ateo auténtico. Porque el ateo auténtico no niega a Dios por rebeldía, ni tampoco por motivos de conveniencia o de temperamento, sino única y exclusivamente porque le es absolutamente imposible creer en él. No hay ningún afán de negación en el ateo auténtico, no hay ningún orgullo, no hay ningún rechazo de la moral cristiana. Puede haber incluso un anhelo torturante de encontrar a Dios, una nostalgia sin descanso por aquellos días ingenuos y felices en que aún era posible creer. Mas a pesar de todo, a pesar de no haber ningún rechazo, ningún deseo de alcanzar resultados incompatibles con la creencia en Dios, a pesar de todos los anhelos y todas las nostalgias, el ateo, el verdadero ateo, no puede creer en Dios.

¿Cómo es posible esta imposibilidad? ¿Por qué extraño proceso ha llegado este tipo de hombre a una actitud tan radical? Hasta donde llega nuestra información, no se ha tratado aún de rastrear este camino. La razón es obvia. El deseo destructor del ateo rebelde, y la persecución de fines políticos, económicos o sociales del ateo pragmático, hacen casi imposible centrar la discusión sobre bases bien fundadas. Esta falta de fundamentación se deja sentir hasta en los más elevados niveles filosóficos. Schopenhauer uno de los grandes negadores de Dios, lo hace por razones teóricas. Nietzsche, que fue influenciado por el primero, y que afirma que “Dios ha muerto”, a pesar de su genio indiscutible, jamás pudo comprender el ateísmo auténtico. Para él, el ateo sólo podía serlo por soberbia. Aunque el marxismo, hoy día, ya casi no tiene prosélitos, no está de más decir unas palabras al respecto. De todas las filosofías, es tal vez la más incomprensiva respecto del ateísmo auténtico. Porque el ateísmo marxista es pragmático y rebelde a la vez. Pragmático, porque una de sus tesis básicas es que mientras persista la fe religiosa en el pueblo, no podrá triunfar la revolución comunista. Es la famosa tesis de que “la religión es el opio del pueblo”. Y rebelde porque niega a

Dios de manera desafiante y proselitista. En cuanto a las críticas cristianas del ateísmo, desde las más clásicas como la de San Anselmo, hasta las más sosas como la de Balmes, se nota el deseo permanente de desacreditar al ateo y de tomar la discusión como punto de partida para reforzar la fe del creyente y para convertir al incrédulo.

El ateo auténtico puede caracterizarse como un hombre para el cual las evidencias consideradas como leyes universales y necesarias de la conciencia moral, son más claras que la luz del día. Apenas se desentraña el verdadero sentido del ateísmo, se descubre que el ateo auténtico, el verdadero ateo, aquél que realmente rechaza a Dios porque rechaza el mal del mundo, es un hombre que pertenece en cuerpo y alma al ámbito de la cultura cristiana. En consecuencia, aquellos ideales fundamentales de su cultura, aquellos que son el alma y la sangre del cristianismo, laten en su pecho como si estuvieran inscritos en su propio corazón. Para el verdadero ateo no hay evidencias más definitivas y refulgentes que las evidencias morales. Y estas evidencias son los valores cristianos que, sin Dios, no tendrían sentido.

El ateo auténtico está convencido que las evidencias lógico-matemáticas, no tienen el mismo peso que las evidencias de los valores morales, como la humildad, el amor al prójimo, el perdón, la compasión, o la justicia. Puede llegar a concebir que dos más dos no sean cuatro, o que el principio de no contradicción deje de valer universalmente. Pero no dudará jamás, ni puede siquiera concebir, que los valores mencionados no sean de una evidencia absoluta para todos los hombres. Si se le expone el irrefutable argumento de que ha habido, y aun las hay, culturas en que estas evidencias no son tales, responderá que son culturas no cristianas y que a él sólo le interesa el Dios cristiano.

El Dios que interesa al ateo cristiano –y ahora vemos ya por qué lo llamamos así– es el Dios salvador y bueno, el Dios misericordioso, el Dios que escucha nuestros ruegos, el Dios que crea el Universo para que los seres humanos se amen los unos a los otros como hermanos. Pero, la idea de un Dios juez, horroriza a quien tiene el ideal del amor cristiano. No es que el ateo rechace ser juzgado. Está dispuesto a ser sometido a todos los tribunales, humanos y divinos. Sólo que no puede concebir a un ser infinitamente bueno separando a sus propias criaturas para premiar a unas y castigar a otras.

¡Y el mal! El verdadero ateo siente horror del mal. Su alma se estremece ante el mal del mundo. ¿Cómo es posible, ¡oh Dios mío!, que exista el mal?. ¿Cómo es posible que existan la crueldad, la injusticia, la dureza de corazón?. ¿Por qué la vida debe vivir

de la muerte?, ¿Por qué las más bellas y delicadas criaturas deben ser destrozadas por monstruos?, ¿Por qué?, ¿Por qué?. ¿Cómo un Dios infinitamente bueno permite el sufrimiento universal?, ¿Cómo puede permitir que las madres asistan a la muerte de sus hijos?, ¿Por qué los hijos deben contemplar la muerte de sus padres?. ¿Por qué la enfermedad, la vejez y la muerte son los señores del universo, las únicas verdades? Para Buda la enfermedad, la vejez y la muerte, son males intrínsecos de la existencia, de los que sólo podemos liberarnos renunciando a todo interés vital. El Karma es la ley. Toda acción de un sujeto durante su vida, va condicionando su existencia futura. La condición de quien nace, será mejor que la de su anterior nacimiento, si sus acciones han sido buenas durante su vida pasada. Si han sido malas, renacerá en una condición inferior, y tendrá que esperar un tiempo determinado para renacer en una condición semejante a la primera. El Karma, para un budista, sólo puede vencerse renunciando a todo deseo. Toda la concepción budista se funda en la existencia de la reencarnación. Nunca ofrece pruebas de que la reencarnación existe, pero por lo menos presenta una explicación interesante del mal del mundo. El mal del mundo no se debe a ningún ser infinitamente bueno. Lo mismo se puede decir del brahmanismo. Aunque, desde el punto religioso, ambas doctrinas son diferentes, las dos presuponen la existencia del karma y de la metempsicosis (reencarnación).

En el ámbito semítico-siríaco, donde nace el monoteísmo, el horror de la muerte y del sufrimiento humano, hace pensar en un castigo colectivo. Pero uno de los grandes méritos del cristianismo es haber concebido claramente el valor de la persona individual. No puede, por eso, fundamentarse el mal del mundo en un castigo colectivo.

El sufrimiento del mundo, concebido como castigo por un pecado que no cometimos, es una concepción inmoral. Si hay una evidencia incontestable, si hay una seguridad moral que nos da fuerza para la acción y la lucha, es la defensa del inocente. La inocencia es tal vez, salvo en casos concretos muy especiales, lo más refulgente del mundo. Yo puedo ser todo lo culpable que se quiera, puedo ser el hombre más canalla del universo, la mujer que fecundo puede ser la más vil de las mujeres, podemos juntos, haber cometido todos los crímenes, haber violado todas las leyes, divinas y humanas. *Pero nuestros hijos son inocentes.* Si hubiera Dios, los hijos jamás pagarían por los padres. Al revés, los padres serían perdonados por el amor de sus hijos. Dios no puede haber cometido una injusticia suprema. Por eso no hay Dios.

Los teólogos pueden esforzarse todo lo que quieran. Pueden decirnos que no se puede juzgar el pecado de nuestros primeros padres como un pecado vulgar y corriente,

cometido dentro de las condiciones ordinarias del pecado. Es un pecado derivado de nuestra condición misma de criaturas, del hecho de que nuestro ser es relativo y necesita de un ser absoluto para mantenerse a flote en el negro mar de la nada. Pero estas cosas carecen de significan nada para el hombre que vive de evidencias. ¿Qué explicación, qué satisfacción puede darnos saber que se trata de un pecado derivado de nuestra naturaleza de criaturas? El hecho es que somos castigados de manera terrible por un pecado que no hemos cometido. Y Dios no puede castigar de esa manera. Luego Dios no existe.

La idea del infierno, si se dejan de lado prejuicios mitológicos y se analiza con objetividad, es lo más horrendo que haya podido imaginar un cerebro humano. Porque se trata de un castigo infinito y sin perdón. Bien pueden inventar los teólogos mil razones para justificar tan abominable idea. Jamás lograrán disminuir su horror. Porque el hecho de que hasta el instante mismo de la muerte, un arrepentimiento sincero pueda salvar al pecador, no le resta ni un ápice de crueldad. Quien muere sin haberse arrepentido, va al infierno, es decir, al sufrimiento definitivo y sin remedio. Después no valen ya los arrepentimientos. ¿Y el amor universal por todos los hombres?, ¿Ese amor que exige la salvación definitiva de todos? Un hombre que se siente solidario con sus semejantes, no puede resignarse a la idea del infierno. Mientras haya un solo ser humano, uno solo, que esté en el infierno, no interesará la salvación. Un Dios que castiga a los hijos por los pecados de los padres, que una vez que castiga no perdona, que no siente compasión por los eternamente condenados, no tiene nada que ver con el Dios de amor que anhela el creyente.

Ante el fracaso de la teología para explicar estos absurdos morales, se recurre a una razón mucho más poderosa: el error del ateo consiste en querer juzgar, con criterios humanos, lo que no puede ser juzgado sino con criterios divinos. La única salida es la que señaló Tertuliano: *Credo quia absurdum*. No queda más remedio que ponerse en manos de Dios, que cerrar los ojos ante todas las evidencias y abrazarnos a la fe. Llegará un día en que nos liberaremos, llegará el día de la salvación, y entonces frente a la absoluta inmensidad y bondad de Dios, podremos comprender. Y el cristiano tendrá que hacer un supremo esfuerzo para superar la calcinante universalidad de sus evidencias. Al realizar este esfuerzo, tendrá la esperanza incommovible de que algún día, cuando muera y resucite, comprenderá y sabrá por qué un Dios infinitamente bueno e infinitamente justo, creó un mundo lleno de maldad y de injusticia. Y tendrá la suprema felicidad de saber que esta misma creación, no sólo no es incompatible con su bondad y

su justicia, sino que, precisamente por ser bueno y justo, Dios hizo el mundo como lo hizo.

Pero el ateo auténtico no puede superar su posición. El ateo es prisionero de sus evidencias. Como una garra inflexible, aprisionan todo su ser. Su hambre de solidaridad y de justicia reclama un mundo bueno y justo. Por más esfuerzos que haga, no puede restringir el alcance de sus evidencias morales. No puede aceptar que Dios pueda exigir a los padres que sacrifiquen a sus hijos (recordemos la escena bíblica de Abraham), o que el pecado de los culpables, recaiga sobre los inocentes.

Soberbia, soberbia, y nada más que soberbia, dirán los catequistas. No hay ateo auténtico, sino ateo soberbio, es decir, rebelde, dirán los teólogos. Pero, ¿por qué la entrega a la evidencia debe ser llamada soberbia?. ¿por qué afirmar que dos más dos son cuatro es soberbia?. ¿Hay acaso rebeldía en esa luz cautivante que es la evidencia moral?. ¿Hay rebeldía en proclamar el valor absoluto del amor y de la justicia?. ¿No es acaso más soberbio arrojar por la borda todas nuestras evidencias y proclamar que después comprenderemos?

Ojalá, fuera soberbia, porque la soberbia puede ser superada. Pero, ¿cómo superar a las evidencias? Porque, y esto debe comprenderse de la manera más clara posible, el ateo auténtico no procede como un racionalista, que rechaza la idea de Dios basándose en argumentos intelectuales. Es sólo un torturado de evidencias. Eso es todo. Para él, quien castiga injustamente es injusto. Por lo tanto, no hay Dios. Es una inferencia inmediata, intuitiva. No hay elucubraciones, no hay aplicaciones de la lógica. Sólo hay horror del mal y clamor de justicia. Y así nos encontramos frente a uno de los tipos más extraños de la condición humana, frente a un hombre que, por vivir demasiado intensamente los valores que encarnan un principio, termina rechazando este mismo principio. El ateo auténtico es un hombre que por anhelar demasiado la existencia de Dios, no puede ya creer en ella¹.

Y ahora vemos, también, por qué la comprensión del ateísmo es importante para la comprensión de la fe. El creyente auténtico, es decir, el que afirma a Dios por motivos que nada tienen que ver con sus conveniencias personales, ni políticas, ni económicas, ni de clase, y el ateo auténtico, o sea, el que niega a Dios pues, por

¹ Un argumento para probar la inexistencia de Dios, es que sus atributos no concuerdan con los hechos. Por ejemplo, la infinita bondad de Dios, no permite explicar el mal del mundo, o la omnisciencia divina torna imposible la libertad humana. Ambos argumentos son superficiales y no tienen el menor poder de convicción. Son superficiales porque no tienen en cuenta la profunda compenetración del ateo cristiano con los valores del cristianismo.

más que haga, no puede creer en él, parten de una misma emoción, el horror ante el mal del mundo. Ambos están sobre el filo de la misma navaja: *la rebelión ante el destino*. Ni el uno ni el otro, pueden aceptar el mal del mundo y el ser para la muerte como destino. Pero mientras el creyente saltando sobre todas las evidencias, a través de la esperanza, da un sentido a su vida, el ateo, sojuzgado por ellas se yergue solitario, bajo un cielo vacío, sobre un aerolito gigante que da vueltas sin sentido.

2. Segundo Momento: muerte lógica y muerte existencial.

Si se contempla al ateo auténtico no ya desde una perspectiva ética, sino desde un marco de referencia existencial, entonces su modo de existir se revela como un trágico dilema: *si la muerte lo lleva a la supresión de Dios, la supresión de Dios lo lleva a la muerte*. Y, lo que es mucho peor, a la muerte de los seres queridos. El ateo auténtico, al dejar a Dios, se queda con la muerte. Y como fue la muerte y la crueldad del destino los que lo indujeron a rechazarlo, al reencontrarse con la muerte, pierde toda posibilidad de superarla. Por eso, vivir auténticamente como ateo, es vivir desamparado. Es quedarse con algo tan horroroso que nos ha hecho rechazar lo único que podía evitarlo. El ateo auténtico es un hombre que descubre el sentido de la vida en comunión con los demás, que no puede gozar de la belleza del mundo si no comparte su gozo con algún ser humano. Es, en una palabra, un hombre que existe en función de los demás, por y para los demás. Si los demás mueren, su vida no tiene sentido.

Por eso, ante la muerte, el ateo auténtico tiene una sensación única, que no puede ser vivida por ningún hombre que no sea de su misma condición. El creyente puede reaccionar de muy diversas maneras ante la muerte, pero mientras mayor sea su fe, menor será su dolor. La muerte para él será un tránsito. Por eso, quien sabe lo que es creer, está siempre preparado a morir. Pero el hombre cuya vida exige la vida de otro ser, habrá de quedar abismado ante la muerte.

El ateo auténtico nos revela, así, una condición miserable. Miserable porque encuentra en la vida todo aquello que le causa horror y no tiene manera de evitarlo. Busca afanoso la verdad y se encuentra ante la trágica relatividad de la historia. Sabe que morirá sin haber podido desentrañar el oscuro misterio del mundo. Tiene hambre de justicia y sabe que la injusticia reina en la historia. Dirige todos sus esfuerzos hacia el triunfo de la solidaridad, y tiene la certeza de que los hombres están por siempre divididos. Y, sobre todo, rechaza la muerte y sufre el dolor de saber que todo morirá,

que morirá él, que morirán los seres que ama, que morirán hasta las piedras, que morirá el universo entero. Sin embargo, en medio de esta ordalía aniquilante, descubre una salida inesperada: la posibilidad de resolver el problema de su propia muerte.

Aunque parezca increíble, la solución en el caso de “mi muerte”, viene de la lógica. Hemos dicho que, para el ateo auténtico, las evidencias morales son más fuertes que las de la lógica y de la matemáticas. Pero esto no quiere decir que no se pueda usar la lógica para argumentar de manera rigurosa. Si se somete el concepto de “mi muerte” a un análisis lógico ceñido, se llega a la conclusión de que dicho concepto es absurdo, es decir, se estructura sobre la base de una contradicción interna, y en consecuencia, lógicamente, no puede existir. Se puede argüir que es ridículo encontrar la solución de un problema tan hondo y tan dramático como la propia muerte, en algo tan frío y tan alejado de la realidad existencial como la lógica. Pero el ateo, ante la muerte, no puede contar con nada ni con nadie que no sea él mismo. No hay ningún poder sobrenatural para ayudarlo frente a los embates del mundo. Sólo él, con sus propios y débiles medios, es capaz de luchar contra ellos y de sobreponerse. Y el único medio es su razón. Puede decirse todo lo que se quiera sobre la debilidad de la razón. Puede decirse todo lo que se quiera sobre sus contradicciones, sus paradojas, el fracaso histórico de sus sistemas. A pesar de todo, lo único que ha permitido al hombre llegar a algunas verdades objetivas y universales a través de la historia, es su razón. Lo único que realmente ha permitido salvar vidas de la muerte, vencer flagelos y enfermedades, enfrentarse a las fuerzas de la naturaleza y a veces dominarlas, es la razón. Mientras el ateo se vio atrapado por el horror de la muerte, y rechazó a Dios por razones morales, vivió en un callejón sin salida. Pero su vivencia del desamparo, al condenarlo a ser sí mismo, le abrió nuevas perspectivas. Porque el horror de la muerte era producto de su condición de ser social. Era la muerte y el sufrimiento del otro lo que lo obligaba a alejarse de Dios. Débil o fuerte, absoluta o relativa, la razón es lo único que nadie le puede arrebatarse.

Ahora bien, todas las significaciones de palabras que se aplican a nosotros mismos, fundan su claridad significativa en una experiencia personal, es decir, en un estado de nuestra mente. Así, amor, alegría, tristeza, cólera, desaliento, entusiasmo, son otras tantas palabras cuya significación apunta directamente a experiencias propias, experiencias que forman la base, el núcleo mismo de nuestra vida. Pero en el caso de la muerte, esto no sucede. Porque no hay ni puede haber experiencia de la propia muerte. Referida a mí mismo, la palabra “muerte”, sólo puede significar la cesación de mi

conciencia, es decir la cesación de darme cuenta que existe el mundo y de que existo yo mismo. Para que exista una experiencia, es necesario que uno se dé cuenta de ella. Por lo tanto, si la muerte consiste en la cesación de todo darse cuenta, no puedo tener la experiencia de mi muerte. Si la tuviera, seguiría vivo. Por eso, es perfectamente natural que hable de la muerte de fulano o de zutano. Pero yo no puedo hablar de *mi muerte*. Sería ridículo que yo dijera “he muerto”, o “estoy muerto”². La conclusión a que hemos llegado es una especie de razonamiento cartesiano: *si estoy muerto no me doy cuenta que estoy muerto, luego, no estoy muerto*⁵⁶.

Pero si la muerte es la cesación de todas las experiencias y en consecuencia, no puede tenerse la experiencia de la muerte, y si aquello de lo cual no se tiene ninguna experiencia, no existe mentalmente, entonces la muerte no existe para la conciencia individual. Y si *la muerte no existe mentalmente para el individuo, el individuo es, como autoconciencia, inmortal*. Este resultado es, por cierto, sorprendente. Pero todo aquello que se base en el rigor lógico, llevado hasta sus últimas consecuencias es, en general, sorprendente. Las personas cultas pero no especializadas, tienen la ingenua creencia de que la lógica y el sentido común son sinónimos. Pero es todo lo contrario. El sentido común no es sino un hábito mental, una creencia de que el mundo es de cierta manera, transmitida a través de las generaciones. En cambio, la lógica es un instrumento deductivo que tiene la particularidad de que, de unas pocas y simples premisas, se pueden extraer innumerables consecuencias. Tan innumerables, que no puede preverse cual será el punto de llegada. Por eso, como sucede en ciertas demostraciones matemáticas, las consecuencias deductivas pueden resultar sorprendentes (recordemos lo expuesto en la sec.8.1. del Cap. VIII, supra).

Pero, llegados a este punto, hay que precisar algunos conceptos. Nuestro razonamiento no nos ha conducido, de ninguna manera, a la falsa conclusión de que el individuo, desde el punto de vista mental, tiene vida perdurable. La única conclusión irrefutable es que el individuo, desde el punto de vista de su autoconciencia, no puede tener la experiencia de su propia muerte. Llegamos, así, a una conclusión asombrosa, pero perfectamente lógica: para la conciencia individual (autoconciencia), la muerte no existe. La actitud de las personas normales, incluso, los que se han liberado del miedo a su propia muerte, se manifiesta de dos maneras. La primera consiste en suponer que,

² Las expresiones “he muerto” o “estoy muerto”, pueden ser proferidas por personas que han recibido una herida que consideran mortal, por ejemplo, una cuchillada o un balazo. Pero no pueden ser proferidas por un muerto.

después de su muerte, el mundo seguirá dando vueltas. Esta visión de la mortalidad es el origen de los testamentos. Después de mi muerte, piensa el padre de familia, mis hijos no pueden quedar abandonados. Todo padre piensa en dejar sus bienes a sus hijos. Y si el padre ha muerto, la madre procede de la misma manera. Por eso, una de las ramas más importantes del derecho es el Derecho de Familia. La segunda manera, es la visión de la muerte como anulación de posibilidades. Quien piensa en su muerte piensa que, una vez muerto, no podrá realizar ninguna actividad. Esta anulación de posibilidades es el fundamento del suicidio. Quien se suicida es porque decide eliminar las posibilidades de que la situación continúe. Y, así, el ateo auténtico, cuya negación de Dios lo sume en el abismo de la muerte, al enfrentarse por medio de su razón al problema de su propia muerte obtiene una inesperada victoria. Sabe que de todas maneras morirá, pues su existencia no es perdurable. Sabe que su conciencia ha tenido un principio y que tendrá un fin. Pero sabe que su autoconciencia, así como fue su nacimiento, sólo será para los demás. Sabe que, aunque su *autoconciencia* no es perdurable, es inmortal. El ateo auténtico, capaz de aplicar su razón a los hechos de manera inflexible y hasta sus últimas consecuencias, es capaz de mirar su muerte cara a cara. Ante su muerte real, adopta una actitud de coraje. El ateo auténtico es un hombre que ha perdido el miedo a su propia muerte. Ante los embates de la vida, es como una fortaleza inexpugnable. Sólo teme el dolor de los demás.

Pero hay más, mucho más. Porque al haber abrazado el ateísmo y haber perdido el miedo ante su propia muerte, el ateo auténtico se siente con una libertad embriagadora. Como no hay Dios, no hay ninguna tabla de valores que lo obliguen a hacer ciertas cosas y a no hacer otras. Y se encuentra ante una gama infinita de posibilidades. Puede escoger una o varias de ellas. El ateo auténtico puede elegir entre la maldad y la bondad.

Naturalmente, el ateo auténtico escogerá la bondad, pues la tabla de los valores que para él son evidentes, no es otra que la tabla de los valores cristianos. El ateo auténtico, como hemos dicho, es un *ateo cristiano*. Y como ha llegado a la conclusión de que Dios no existe, asume la decisión de luchar por la cristianización del mundo. Lo hará con cualquiera que también lo intente. Sea laico, sea sacerdote. Solitario en el silencio de la noche, como torre que apunta a las estrellas conquista todos los espacios. Y así, libre de miedos, dudas y prejuicios, encara el porvenir.

3. Tercer Momento: desesperanza.

En su lucha contra la muerte, el sufrimiento y el mal del mundo, el ateo ha logrado superar el problema que, en apariencia, era el más arduo de todos: el problema de su propia muerte³.

Desamparado en el mundo pero, de cierta manera, inmortal. Inmortal en un mundo cerrado. Inmortalidad monadológica, pero inmortalidad al fin y al cabo⁴. He aquí la primera luz que ilumina al ateo: una libertad radical, una libertad incomparable frente a todo y frente a todos. Sin temor de ser juzgado por crueles jueces ultramundanos, sin tener que dar cuenta a nadie de sus actos. Amo y señor de su vida: he aquí que la luz se intensifica y adquiere una intensidad incalculable. Es una experiencia que no puede tener sino el hombre que ha rechazado a Dios por razones morales.

Pero, cuando sumido en su autoconciencia, siente que ha llegado por fin a la serenidad, a la solución final del problema, tiene una sola experiencia que derrumba todo el edificio. Esta experiencia, única e instantánea, es la contemplación de un cadáver. No es necesario que sea de un ser humano. Puede ser el de un animal. El de un pez varado en la playa, que con su reflejo plateado realza, de lejos, la belleza del paisaje marino. Pero de cerca no es sino un amasijo de escamas con sangre renegrida. Porque, por más esfuerzos que haga, no hay, ni puede haber ningún argumento que destruya la muerte del otro. La lógica puede anular nuestra propia muerte mental, pero no la muerte de los demás. La muerte del otro es un hecho que se repite universalmente. Yo puedo convencerme de que nunca viviré mi propia muerte, pero nadie podrá jamás convencerme, por ningún razonamiento, de que los demás no mueren. La muerte del otro es un hecho. Y los hechos no pueden negarse. Sólo la fe, sólo una fe ciega capaz de quemar todas las naves, puede hacerme creer que aquel ser que yo amaba y que está allí delante de mí, rígido y con los ojos abiertos, no ha muerto. Pero esa fe es precisamente la que no tiene, la que no puede tener, el ateo. Por eso le ha sido imposible resolver el problema de la muerte. Porque el problema fundamental consiste en cómo hacer para que los demás no mueran. Si sólo él muriese en el universo, y no muriesen los seres por él amados, si no muriese nada, ni la más microscópica célula, se sentiría perfectamente

³ En lo que sigue, para mayor comodidad en escribir el texto, en lugar de decir el “ateo auténtico” diremos, simplemente, el “ateo”, salvo cuando el contexto requiera emplear la expresión “ateo auténtico”.

⁴ “Monadológica” es una palabra acuñada por el gran filósofo alemán Leibniz. Una conciencia monadológica significa una conciencia aislada, separada de las demás. El hecho de tener una autoconciencia que no puede tener la experiencia de su propia muerte, la transforma en una mónada, que está separada de todas las demás conciencias que no sean la propia. “Monos”, palabra griega, cuyo genitivo es “mónados”, significa en griego, solo, aislado.

feliz. Porque, al morir, sabría que los demás eran eternos y su vida habría adquirido un inmovible sentido. Esa boca que le sonrío alegremente, jamás se deformaría con el rictus de la muerte. Esos ojos que irradian luz, serían eternamente luminosos. Esa mano tibia que lo acaricia en la penumbra, viviría a través de los siglos. Pero una muerte, una sola muerte, destroza toda posible ilusión. Porque el ateo tiene una inmensa capacidad de amar. El que vive en el ámbito de la divinidad tiene su ser vertido hacia algo mucho más grande que lo humano. El amor humano es, a lo más, una puerta de entrada hacia lo divino. Todo lo humano se relativiza. El padre es el instrumento de Dios para llevarnos hacia Él, la esposa es la posibilidad de engendrar nuevos creyentes, de aumentar el reino de Dios, el hijo es el futuro propagador de la Fe, es la nueva fuerza que luchará por defenderla, conservarla y hacerla avanzar convenciendo a los incrédulos. Por más que se les ame, es siempre en función de Dios. Pero los amores del ateo son absolutos. Cuando ama a alguien lo ama única y exclusivamente por ser quien es. No hay ninguna referencia a un trasfondo que rebase la dimensión humana. Su padre es su único padre, su hermano es su único hermano, su amigo es su único amigo. Su amante es su amada absoluta. No es un instrumento de dar más hijos a Dios. Y todo ese amor, todo ese anhelo inextinguible, todo ese afán que da impulso y sentido a su vida entera, no es sino carne condenada a corromperse. Por eso, el ateo auténtico podría también definirse como aquel hombre capaz de amar desesperadamente.

Así, el ateo, al hallarse ante la realidad última de la muerte, sufre las más dramáticas y sorprendentes alternativas. Primero, la revelación de la muerte lo sume en un abismo sin salida, y arrasa con todo lo que da significación a su existencia. A pesar de este momento logra, por medio de sutiles argumentos lógicos (pero verdaderos y rigurosos), escaparse de la tragedia de su propia muerte. Esta escapatoria inesperada, lo lanza hacia el mundo de la libertad, lo eleva hacia una libertad jamás experimentada e imposible de imaginar para todo aquel que no haya vivido en su misma condición. Pero cuando ha llegado a las más altas cumbres, la muerte del otro, como una afrenta ontológica, lo zahiere y lo precipita de nuevo al abismo⁵. Caída aun más cruel que la primera, porque se produce después de la esperanza. La barrera que, por naturaleza, parecía la más infranqueable, la barrera de la propia muerte, ha sido vencida. Mas la barrera que significa la muerte del otro, se yergue absoluta y rígida, como un límite a

⁵ La palabra “ontológica” es el adjetivo de la palabra “ontología”. Esta palabra viene del griego y es la unión de dos palabras “ontos” y “logos”. “Ontos” viene de “on” que significa ente, y de logos, que quiere decir razón, palabra, estudio, y tratado. La ontología es pues, el estudio del ente. Es decir de aquello que tiene ser.

toda esperanza posible. El otro que da sentido y plenitud a la vida del ateo, el otro, es su asesino. El otro a quien amamos, y que también nos ama, el otro, lleno de inocencia, nos asesina doblemente. Nos asesina porque su muerte es lo que origina el concepto de nuestra propia muerte. Si el otro no muriera, nosotros tampoco moriríamos, porque jamás habríamos podido formarnos el concepto de nuestra muerte. Y nos asesina, porque al morir nos mata de dolor. Para el ateo, si un hombre muere, muere para siempre, muere sin premio, sin castigo y la marcha de la historia se disuelve en la nebulosa negra del absurdo. Porque si todos los hombres mueren, si no hay ninguna esperanza de una vida nueva, entonces jamás se podrán compensar las atrocidades de la historia. Aquel inocente que fue condenado, ha sido condenado para siempre. Aquel niño asfixiado entre almohadas porque a un monstruo se le ocurrió ser rey, ha sido asfixiado para siempre. El esclavo que huyó para librarse de la crueldad de su amo, ha sido crucificado para siempre. Aquel humilde esclavo que murió en la cruz, inclinando la cabeza como una flor mojada, sin pretender enseñar nada a nadie. Todas las víctimas de la historia han muerto para siempre. El ateo, que es ateo porque no puede aceptar que el hombre sea una víctima, se encuentra, anonadado, en un inmenso cementerio de víctimas. Ya no tiene ninguna importancia que en el futuro los hombres sean felices. Quiéralo o no, es aplastado por el peso de la historia.

La existencia del ateo transcurre, así, en un callejón sin salida. En el peor de todos los impases, que llamamos “sistema de espejos paralelos”. No hay Dios porque los otros mueren, y los otros mueren porque no hay Dios. Su existencia se refleja en uno de los espejos, y al reflejarse, rebota y se refleja en el otro. Y de éste rebota hacia el primero. Rebota y rebota,...rebota y rebota,...ad infinitum.

Epílogo.

Tal como hemos mostrado en el anterior análisis, *el ateo auténtico* parece no tener salida. Sin embargo, después de haber tratado inútilmente de liberarse, y de haber perdido toda esperanza durante largos años, encuentra un nuevo camino. Se da cuenta que la posibilidad de liberarse de los espejos paralelos era tan simple que no la había visto. Bastaba *pasar entre ellos*. Mientras no pasase, la repetición de los reflejos no terminaría nunca. Pero si pasase entre los mismos, se vería un panorama impredecible. Y así fue, el ateo pasó entre los espejos y descubrió un paisaje completamente nuevo. Pero su novedad no consistía en que las cosas que veía fueran diferentes de las que había visto anteriormente. Era el mismo paisaje, sólo que ahora lo veía cuando “la resaca de todo lo sufrido se había empozado en el

alma.” Al contemplarlo, el ateo encuentra la liberación: luchar, al lado de todos los hombres de buena voluntad, para que el mundo sea cada vez más cristiano.

Apéndice risueño: El Diablo literario y el Diablo filosófico⁶

1. Espectacularidad del Diablo Literario.

El Diablo literario es estupendo. Entendámonos. No estoy diciendo que sea bueno y moralmente respetable. Por definición el Diablo es un malvado, más malvado que todo lo concebible. Mas tal vez, por eso mismo, su papel en el arte es de primera clase. Cuando el Diablo interviene en la literatura, en la poesía, en la pintura, o en el cine, impacta y emociona.

Recordemos la Capilla Sixtina y pensemos en el grandioso mural de Miguel Angel. No en la sublime pintura del techo que se debe mirar con un espejo para evitar la tortícolis, sino en el aterrador mural del fondo, en el que un Dios lampiño (y después dicen que Dalí es original) separa a los buenos de los malos y lanza a los pecadores a las profundidades del infierno. Conforme va descendiendo nuestra vista de las tempestuosas cimas divinas hacia las tenebrosas simas del averno, el panorama nos va angustiando cada vez más. Los condenados, como piedras trepidantes, van siendo arrojados a las profundidades, sus rostros se van haciendo más desesperados e imprecisos, hasta que una oscuridad casi total nos sobrecoge de espanto y zozobra. Aunque ya casi no vemos nada, queremos seguir viendo. Hay algo, en el extremo oscuro del mural, que se nos escapa, algo que no vemos pero que tenemos que ver. Y, cuando, creyendo que ya no hay nada, decidimos alejarnos para contemplar alguna otra maravilla, en forma casi súbita sentimos un vuelco al corazón. Allí está lo que nos faltaba para apreciar en su verdadero valor el formidable mural. Allí está el Diablo, tan sumido en la oscuridad y tan oscuro él mismo, que es muy difícil verlo. Y cuando se le ve, siniestro, inmóvil, con dos ojos que nos miran como si quisieran aprisionarnos para siempre en sus pupilas, se nos revela en su máxima potencia el genio de Miguel Angel.

⁶ Como hemos dicho en el prólogo, en este capítulo se utilizan términos técnicos. Estos términos son palabras filosóficas, lógicas y científicas. Pero el lector puede leerlo fácilmente porque los tecnicismos se utilizan sólo para dar un ritmo literario que produzca la impresión de la “lucha a muerte” entre el Diablo y los filósofos.

Pero el Diablo no queda prisionero en la gigantesca paleta de Miguel Angel. Es ubicuo, se nos aparece en múltiples pinturas. Sobre todo en el arte flamenco. Tal vez porque el clima de los Países Bajos es infernal, el Diablo domina la escena. Allí lo tenemos en la fantástica pintura de Bosch, en la de Patinir, y en la de Cranach, con trinche y todo, o en forma de serpiente. Y en la de muchos otros pintores cuyos nombres no recordamos. Y no se crea que el Diablo sólo se presenta en los antiguos cuadros. También asoma su aterradora y maligna cabeza entre los descreídos modernos. Nadie ha pintado al Diablo mejor que Goya.

Si pasamos de la pintura a la literatura, la posición del Diablo es tan, y hasta más expectable, que en la plástica. Para demostrar lo que afirmamos bastan tres nombres: Dante, Milton, Goethe. El Diablo ocupa, por lo menos, la tercera parte de la Divina Comedia. En el poema épico de Milton, el Paraíso Perdido, es Luzbel, el ángel que encabeza la revuelta para destronar a Dios. Y llena con su malévola presencia las metafísicas divagaciones del UrFaust y el pecaminoso amor del Doctor Fausto, que dieron fama inmortal a Goethe. Estas son altas cumbres donde el Diablo hace de las suyas. Pero no se crea que el Diablo sólo aparece en los escritos de siglos pasados. También aparece en textos más recientes. No es desencaminado decir que el Diablo es el que prolongaba la juventud eterna de Dorian Gray. Hay algunas frases en la genial novela de Oscar Wilde, que pueden ser interpretadas en este sentido. Y recordemos el cinema. “El exorcista”, es una película que nunca olvidaremos. Y, hoy día, hasta aparece en las telenovelas (recordemos “Suave veneno”).

2. El Diablo filosófico: una pulga en la oreja

Cuando pasamos del arte a la filosofía ¡qué diferencia!. En el arte, el Diablo impacta y hasta fascina. En la filosofía es un pesado sin prestancia alguna y no hace sino fastidiar. Los que más sufren su pegajoso fastidio son los teólogos medioevales. Porque el Diablo es canalla por antonomasia y, por eso, no se puede comprender cómo Dios, un ser infinitamente bueno e infinitamente poderoso, ha podido crearlo. Porque, ¿cómo puede lo bueno crear lo malo? Vaya problema. Pues el Diablo es cosa seria, es un pavoroso armatoste, y no se le puede crear de un papirotazo. Para crear cosa semejante, Nuestro Señor ha debido lanzarse a fondo y ha tenido que enfrentarse, con tremebundo denuedo, a la revolución de Luzbel. El Diablo lo pone en apuros. Y nuestro pobre y limitado entendimiento humano no puede comprender que Dios haya desplegado tanto esfuerzo para crear una alimaña de tan baja especie, que tanto daño ha

hecho y sigue haciendo a nosotros sus hijos. No se puede comprender que el Sumo Bien haya creado el Sumo Mal. Más aún si, siendo todopoderoso, pudo ahorrarse el trabajo.

Pero los teólogos medioevales tenían agallas, más agallas de lo que creen algunos pensadores modernos que, sin conocer lo que ellos escribieron, se dan el lujo de mirarlos de arriba abajo. Y los esfuerzos que hicieron para dilucidar el enredo, son fenomenales. No lo decimos en broma, no, de ninguna manera. Quien de verdad quiera saber lo que es la filosofía y el esfuerzo intelectual que demanda su elaboración sistemática, no tiene más que elegir al azar un buen teólogo medioeval y seguir las increíbles y rigurosas piruetas conceptuales que realiza para resolver el problema del mal.

Pero, por más esfuerzos que hacen los filósofos medioevales por resolver el oscuro enigma que plantea su existencia, el Diablo se escapa de su vigoroso agarro conceptual. Por más que buscan la pulga para aplastarla entre el índice y el pulgar, se les escapa y les pica en la oreja.

3. Los filósofos mandan al Diablo al diablo.

La lucha es larga, y dura algunos siglos, hasta que un viejo diabólico, indudablemente inspirado por Satanás, demuestra que no se puede demostrar la existencia de Dios y, como herético corolario, la del Diablo. O, por lo menos, tiene la ingenuidad de creer que ha demostrado tamaña necesidad. Y, lo más sorprendente de todo, que sólo puede explicarse por la intervención de Belcebú, es que todos los demás se la creen.

¡Uf, que alivio!, por fin los filósofos salieron del Diablo. El aferramiento del Maligno, que había durado tantos siglos, había terminado. Desde ese momento la filosofía regresó por sus fueros. Como en la época dorada del Peripatético⁷, la filosofía, volvió a ser coherente. Los filósofos mandaron a la porra al Diablo y no volvieron a pensar en él.

4. Triunfal retorno del Diablo filosófico.

Pero como dice el refrán popular: “El hombre propone y Dios dispone”. Y no cabe duda de que Dios, seguramente irritado por la atrevida incredulidad de los modernos pensadores, dispuso que el Diablo regresara a la arena filosófica para humillar al

⁷ Aristóteles era llamado “peripatético” porque exponía sus clases caminando. Peripatético viene del verbo griego “peripatoo”, que significa caminar.

“superbus philosophus”, que había tenido la desfachatez de creer que podía pensar como le viniera en gana. Y como las vías del Señor son inescrutables y sutiles, su voluntad se cumplió mediante la obra de un joven y genial filósofo español que obedece al nombre de Lorenzo Peña. Si Peña hubiera sido un filósofo medioeval, habría resuelto el enigma del Diablo de un plumazo, y le habría ahorrado angustias y desesperaciones a los pobres teólogos que tanto sufrieron por culpa de Lucifer.

El razonamiento del joven celtíbero es irrefutable. Los teólogos medioevales, nos dice, no pudieron resolver el problema de la existencia del Mal (o sea, en forma concreta, de la existencia del Diablo) por la sencilla razón de que utilizaban la lógica aristotélica y esta lógica, la única conocida por los teólogos en aquellos tiempos, consideraba que el principio lógico de no contradicción era inviolable. Y como la existencia del Diablo es contradictoria con la existencia de un ser infinitamente bueno e infinitamente poderoso como Dios, si se aplica la lógica aristotélica no se puede encontrar una salida. En efecto, según la ingenua (y en, cierto sentido, bobalicona) creencia de los teólogos, Dios no puede contradecirse porque el principio de no contradicción es un principio fundamental de la inteligencia divina. En consecuencia, si se viola este principio, se está violando nada menos que un principio constitutivo del intelecto divino. Y un pecado tan grave no podía, naturalmente, ser cometido por los teólogos medioevales que eran buenísimos muchachos.

Pero, nos sigue diciendo Peña, ¿de dónde diablos sacaron los pensadores medioevales que Dios no podía contradecirse? ¿A quién se le ocurrió aquella peregrina idea, que ya en la Edad Media era anticuada, pues nos venía desde Aristóteles? ¿Quién fue el primer ingenuo que imaginó que Dios tiene una lógica? Porque Dios está más allá de aquella débil invención humana que se llama lógica. ¿Cómo fue posible que los teólogos olvidaran la lapidaria y definitiva frase de Tertuliano: “Credo quia absurdum” (Creo porque es absurdo, ver Cap X, sec,10.1). No cabe duda de que en todo este enredo el Diablo jugó fino, pues algunos teólogos de “izquierda” a fines de la Edad Media (por ejemplo, Nicolás de Cusa), ya habían comprendido que Dios no tiene nada que ver con la lógica. Sólo los hombres utilizan la lógica y, para su mala suerte, durante mil quinientos años, por culpa de ese estupendo viejo que se llamó Parménides y, luego, de Aristóteles, (cuya hazaña intelectual de haber descubierto el silogismo no justifica su estúpida opinión de que hay hombres que nacen para ser esclavos), creyeron que la única lógica que se podía usar era la del principio de no contradicción. Pero, no sabemos si por causa del Diablo o por causa de Dios, resulta que otro joven genio, esta

vez un brasileño, un ejemplar producto del país del carnaval y de la samba, Newton Alfonso Carneiro da Costa, inventa un nuevo tipo de lógica, llamada “lógica paraconsistente”, en la que el principio de no contradicción, que no es ni divino ni luciferino, puede violarse y no pasa nada. El sistema lógico sigue funcionando perfectamente bien. La lógica paraconsistente ha dado la vuelta al mundo para gloria de Dios, de Newton Alfonso Carneiro da Costa, y para tormento de los estudiantes de filosofía. Y el Diablo, que se mecía en ella como en un trapecio de jardín, ha saltado desde sus enrevesados símbolos y ha caído enhiesto, desafiante, humeante y chisporroteante en medio de la ayer displicente, y hoy azorada comunidad filosófica, para renovar la agostada teología y para escarmiento de los kantianos, escépticos, existencialistas y materialistas. Por más ilusiones que se hicieron los filósofos, por más que mandaron al diablo al Diablo, el Diablo ha regresado. Ahora sí que va a ser difícil deshacerse de él. Pero los filósofos, que tienen muchísimos defectos tienen, sin embargo, una virtud: son tercos como mulas. Por eso el Diablo no debe hacerse, tampoco, muchas ilusiones. Los filósofos aún no se han rendido, ni se rendirán jamás. La lucha va a continuar, con altas y bajas, con ataques y contraataques, “per secula seculorum”...